

Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario



Nova et Vetera

SUMARIO

Pío XII Pontífice de paz, justicia y caridad, por *Monseñor José Vicente Castro Silva*.—Memorias de Rocinante, por *Victor Sánchez Montenegro*.—El Ministerio Público, órgano del Estado y su independencia, por *Tulio César Jiménez Barriga*.—Los aportes de la sociedad de responsabilidad limitada, por *Arturo Posada*.—Acción directa de la inexequibilidad de las leyes, por *Luis Antonio Alvarado*.—Sociedades de hecho entre concubinos, por *Humberto Murcia*.—Los actos jurídicos, por *Ovidio H. Oundjian*.—La banca francesa actual, por *A. I. Brusset*.—El sistema de la Reserva Federal, por *Juan D. Sánchez*.—Tres secretos de arte clásico, por *Aurelio Espinosa Polít, S. J.*—La música en Colombia, por *Luis Antonio Escobar*.—Libros.—Vida rosarista *Gutiérrez Gómez*.

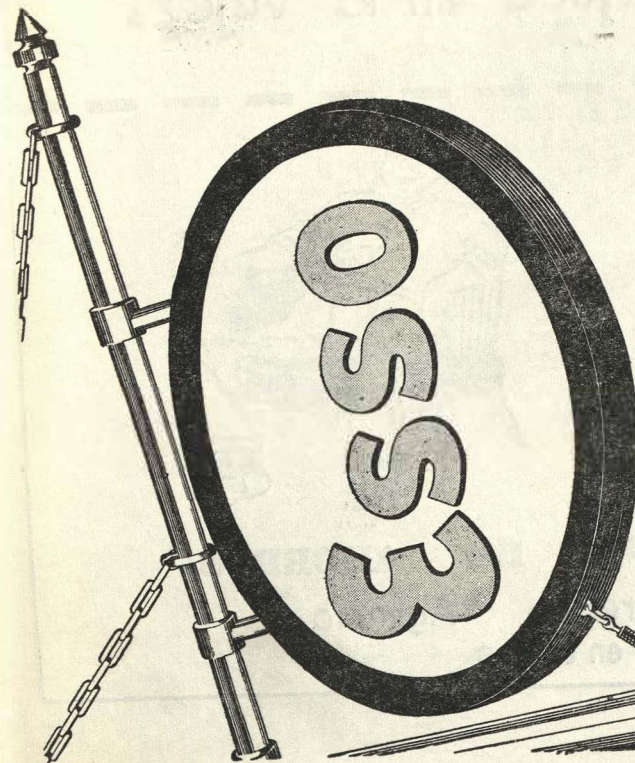
Abril de 1956. Bogotá - Colombia.

Correspondencia, Suscripciones y Propaganda
COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO
Calle 14 Nº 6-25 — Apartado 72
BOGOTÁ-COLOMBIA

Suscripción 4 ejemplares\$ 5.00
Número suelto\$ 1.50
Suscripción para el exteriorU.S.\$ 2.00

Los artículos publicados en esta revista pueden ser reproducidos
citando su origen y autor.

entre confiado...



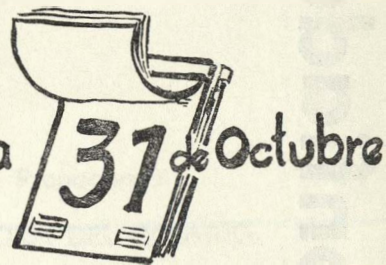
saldrá satisfecho

ESSO COLOMBIANA S.A.



DIA UNIVERSAL DEL AHORRO

Una fecha que nunca se olvida



Estímulo para el niño.
Aliento en la juventud.
Ayuda en la vejez.



CAJA COLOMBIANA DE AHORROS
de la Caja de Crédito Agrario
340 oficinas en el país

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

FUNDADOR:

Mons. RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

RECTOR:

Mons. José Vicente Castro Silva

REDACTOR:

Hernando Segura Perdomo

ADMINISTRADOR:

Jaime Acevedo Granados



La responsabilidad de los artículos pertenece al autor

La colaboración es rigurosamente solicitada

(Tarifa reducida en el servicio postal del Ministerio de Correos.
Licencia número 1848.)

Nº 439 — Abril de 1956.

INDICE

LETRAS Y FILOSOFIA:	Páginas
Pío XII Pontífice de paz, justicia y caridad, por <i>Monseñor José Vicente Castro Silva</i>	9
Memorias de Rocinante, por <i>Victor Sánchez Montenegro</i>	16
DERECHO:	
El Ministerio Público órgano del Estado y su independencia, por <i>Tulio César Jiménez Barriga</i>	35
Los aportes en la sociedad de responsabilidad limitada, por <i>Arturo Posada Forero</i>	46
Acción directa de la inexecutable de las leyes, por <i>Luis Antonio Alvarado</i>	64
Sociedades de hecho entre concubinos, por <i>Humberto Murcia</i>	104
Los actos jurídicos, por <i>Ovidio H. Oundjian</i>	122
ECONOMIA:	
La banca francesa actual, por <i>A. L. Brusset</i>	140
El sistema de la Reserva Federal, por <i>Juan D. Sánchez</i>	164
ARTES	
Tres secretos del arte clásico, por <i>Aurelio Espinosa Polit, S. J.</i>	176
La música en Colombia, por <i>Luis Antonio Escobar</i>	196
Libros	200
Vida rosarista	203

Instituto de Estudios Económicos Colombianos

En el transcurso de la vida de los países americanos, no menos que en la de todas las naciones del orbe, cobra día a día una vital importancia el estudio técnico de los problemas económicos en gracia del creciente progreso material y del avanzado punto a que ha llegado el sistema administrativo que debe organizar y dirigir estas fuerzas.

Esta situación coloca a las ciencias económicas en un punto de preponderante interés, relacionado directamente con los problemas sociales, con el avance técnico, en fin, con el progreso general de la humanidad.

Por estas, entre otras razones, la Fundación de Fray Cristóbal de Torres vio la urgente necesidad de abordar el trabajo en estos campos de la ciencia, siguiendo también la importantísima tradición que comenzara, siglos atrás, con Mutis sabio; esta idea hizo que el M. I. señor Rector del Claustro en asocio de los señores catedráticos de ciencias económicas fundara el Instituto de Estudios Económicos Colombianos, que viene funcionando desde el año pasado bajo la dirección del señor conciliario don Luis Angel Arango.

Con esta iniciativa el Claustro del Colegio proporciona a los señores alumnos rosaristas, antiguos y actuales, la mejor oportunidad para efectuar una especialización en dos años sobre uno de los aspectos más trascendentales en la formación de quienes aspiren a perpetuar la tradición del Colegio que conforme al lema de su fundador es una institución creada para proporcionarle a la República ilustradores, por sus grandes letras y por los puestos que merecerán con ellas.

En esta forma con el análisis de los problemas monetarios, de política económica, fiscal y de planeación económica, que presenta actualmente el país, junto con la observación de los hechos económicos de nuestra historia que se estudian en la cátedra de Antecedentes Económicos, ha querido el Colegio Mayor contribuir al estudio e investigación de los problemas nacionales.

Al favor de la graciosa "Bordadita" debemos el éxito hasta ahora logrado por el Instituto, y a su indulgencia entregamos la plena realización de sus fines.



LETRAS Y

FILOSOFIA

Pío XII Pontífice de Paz, Justicia y Caridad

Por Monseñor JOSE VICENTE CASTRO SILVA

Oración pronunciada por el Muy Ilustre señor Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, durante la misa solemne oficiada en la catedral primada, en conmemoración del décimoctavo año de pontificado de Su Santidad Pío XII.

La consideración de una vida humana incluye naturalmente la de los tres períodos que la componen. Primero se hace sensible la juventud prometedora, después se admira la plenitud de los años bien logrados, fecundos y dominadores, y aparece, en fin, la senectud cargada de memorias y experiencia y a veces también de ritmos melancólicos. Sólo en muy raras ocasiones la vida de un hombre logra superar las inevitables mudanzas de los años, vencer los términos fatales de la caducidad, y, trascendiendo las alternativas de la existencia, ofrecerse a nuestras miradas reverentes como un diamante polifacético que por dondequiera que se contemple irradia y multiplica los más espléndidos fulgores.

La vida del Sumo Pontífice Pío XII, cuyo octogésimo año estamos celebrando, responde, talvez como ninguna otra, a esta imagen sensible. Y es esta la hora en que, no solamente la inmensa familia de los fieles católicos, sino las gentes de toda creencia religiosa, hacen votos porque la lumbre rutilante que por merced de Dios, resplandece hoy en los alcázares vaticanos, continúe iluminando a los hombres y proclamando ante el mundo la auténtica justicia que es garantía de la libertad y causa eficiente de la paz.

Quien considere la vida entera de Pío XII y trate de buscar en ella algo así como un tema inmutable, conductor e inspirador de to-

dos sus actos, que explique asimismo la profunda y proverbial piedad que lo transfigura personalmente, el celo múltiple y constante con que atiende a la santificación de individuos y sociedades, y la amplísima y heroica diligencia con que se ha dedicado a persuadir y procurar la paz entre los hombres, quien busque —digo— el principio dominador de esta vida, lo hallará sin dificultad en la idea sustantiva que tiene de la Iglesia como continuadora perpetua de la obra de Jesucristo.

En muy diversas y solemnes ocasiones el Sumo Pontífice nos ha hecho sentir y comprender eso que la fe nos enseña, es a saber, que la Iglesia católica es una organización social, jerárquica, soberana y sobrenatural, fundada por Jesucristo, Hijo de Dios, que le dio una plenitud de vida indestructible en las generaciones por venir. Y le dio, asimismo, una garantía de incomparable alcance cuando, al enviar por todo el mundo a los Apóstoles, los esforzó con la más nítida y perentoria de las promesas: “He aquí que Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.” Basta oír estas palabras para entender, sin sombra de duda, que Jesucristo le prometió a la Iglesia, y en primer lugar al Papa que es su cabeza visible, no sólo su asistencia perenne, ni sólo su amparo divino o su intercesión indefectible, sino su presencia real, efectiva y perdurable.

Recordad ahora cómo al tratarse de darle a la Constitución de la Iglesia un toque supremo y un impulso inacabable, suena en los labios divinos esta palabra terminante y rotunda, de significación misteriosa y de compromiso sobrehumano: “Yo estaré con vosotros, todos los días, hasta el fin de los tiempos.” No es menester más para que creamos con certidumbre firmísima que esta Iglesia católica, de la cual somos hijos y cuya autoridad reside con plenitud en el Sumo Pontífice, es algo mejor que un santuario donde sólo se guarda y se venera la memoria de Cristo y de su paso histórico por el mundo, algo mejor que el archivo y depósito de sus enseñanzas. Porque la Iglesia es, en realidad, un organismo vivo cuyo ser y cuya existencia arraigan y se sustentan en Jesucristo mismo que permanece en ella, y la informa íntimamente ora con su poder santificador, ora con la majestad de su imperio y con la virtud de su jurisdicción, ora, en fin, con el magisterio imperturbable y con la oración ahincada del Pontífice augusto, Vicario de Cristo, magisterio y oración que no se silencian ni se extinguen aun en las épocas amargas en que parecen triunfar la incredulidad y la contradicción.

Séame lícito repetir ahora que entre las más insignes y patentes virtudes que caracterizan a Su Santidad Pío XII, parecen tener eminencia y primacía la fe y el sentimiento vivísimos y heroicos de la presencia de Jesucristo en la Iglesia y de la acción que, a través de ella ejercita el Redentor, cualesquiera que sean los tiempos y las circunstancias.

Una rara versación en ciencias divinas y humanas, una sorprendente agudeza de ingenio que, por caso providencial, va haciéndose más y más universal y penetrante con el paso de los años, una inteligencia más rara todavía de las miserias y necesidades de este mundo en que representa a Jesucristo, una estimación clarísima y al par sobria y prudente de las vicisitudes por venir, un pensamiento siempre regido y orientado por las grandes leyes reveladas, le han dado a Pío XII una como visión interior de Jesucristo presente en la Iglesia ayer, hoy y mañana, visión sobremanera luminosa que la fe convirtió en certidumbre avasalladora y que comenzó a dominarlo desde los albores de la vida. A sus primeros cargos eclesiásticos correspondió un desempeño de fidelidad escrupulosa, y, años después, esa misma certidumbre de que como representante que era entonces del Sumo Pontífice, era también representante e instrumento de Cristo, Jefe y Cabeza de la Iglesia, le hizo administrar difícilísimos cargos diplomáticos con habilidad insigne no menos que con entereza proporcionada a una situación que por momentos iba oscureciéndose con el nublado atroz de la violencia.

Otro día le hallaremos andando por el mundo con el único intento de hacer oír dondequiera el mensaje de Jesucristo. Sobraronle homenajes esplendorosos, pero ellos no fueron sino otras tantas ocasiones de anunciar la Paz redentora, la que se afianza en la justicia, se sustenta en la fidelidad a Dios y se integra con el acatamiento a la dignidad humana. Con diversas oportunidades oyeron esta divina doctrina las Américas y Europa, que no olvidarán nunca estas palabras en que se suman armoniosamente el respeto a las distintas nacionalidades y el imperativo trascendental de la Ley de Dios: “Con tal que la obediencia debida a la Ley de Dios y la salvación de las almas sean atendidas, la Iglesia reconoce el ordenamiento peculiar de cada pueblo, y a todos los acompaña con la misma longanimidad y la misma ternura con que observan las madres el desarrollo, el adelanto y la ascensión progresiva de sus hijos.”

Con el Sumo Pontificado aceptó Pío XII en 1939 una suprema solidaridad con Jesucristo. Bien sabemos que un día, que fue precisamente el día de su exaltación triunfante, el Salvador, ajenándose a las aclamaciones del Domingo de Ramos, lloró sobre las infidelidades pasadas, la ceguera presente y las tribulaciones futuras de Jerusalén. Y como Jesucristo, su Vicario Pío XII, a la hora misma en que ascendía a la suma dignidad, veía con indecible angustia el universo entero perturbado por la guerra. Veía deshecha y menospreciada la labor ingente de Pío XI su predecesor y la suya propia como Secretario de Estado en favor de la paz; veía la pertinacia y mala fe con que algunos adoradores de la fuerza y de los mitos de la sangre y de la raza desconocían y afrentaban los dictámenes eternos de la justicia y de la caridad, y veía la calamidad advenidera, el turbión nefasto de miserias que se abatiría sobre el mundo mientras durase la contienda bélica y que perseveraría muchos años después. Eso vio Pío XII al asumir el Pontificado, y quizá, en la mañana deslumbrante de su coronación, al sentirse jubilosamente aclamado por cientos de miles de personas apiñadas en la plaza de San Pedro, el corazón de Pío XII rebotó de angustia al adivinar y presentir la marejada de terror que se desplomaría sobre Roma y sus moradores cuando la muerte voladora sembrara ruinas en la Basílica de San Lorenzo y en el vecindario lateranense. Y ese día de dolor llegó en efecto, pero la humanidad recordará para siempre jamás que donde hubo ruinas y heridos, Pío XII, el mismo que hoy llega a la cumbre refulgente de los ochenta años, se hizo ver y sentir sin dilación y la presencia del Papa fue entonces, como lo será siempre, más poderosa que la muerte.

El Pontificado de Pío XII ha sido, sin un solo desfallecimiento, la más firme y tenaz de las afirmaciones dogmáticas, morales y prácticas acerca de la paz y de su necesidad ineludible para la bienandanza temporal y eterna de los hombres. Paz que no puede confundirse con ninguna manera de tranquilidad ilusoria e inestable, fundada apenas en semblanzas de abastamiento y suficiencia; paz que sólo se identifica con la tranquilidad del orden que, a su turno, es obra y efecto de la justicia y de la caridad enseñadas por Jesucristo; paz, justicia y caridad que lejos de desconocer o reprobar los ímpetus del hombre hacia un mejor estar, los bendicen y exaltan mientras no pierdan de vista el principio fundamental de nuestra subordinación a Dios; paz, justicia y caridad que unen a los hombres entre sí con re-

laciones armónicas, mutuas y fecundas, aun cuando diversas, según la mudanza de los tiempos, pero que unen también a los pueblos y naciones para beneficio del género humano, al cual enriquecen y hermosean con la comunicación de sus peculiares ventajas y con el recíproco intercambio de bienes. Pero ello sólo es posible cuando el amor mutuo, la caridad sincera, la justicia inviolable y la paz creadora junten a todos los hombres como hijos de un mismo Padre, redimidos por una misma sangre y destinados a una misma gloria.

¡Paz, justicia y caridad!... santos y eternos principios del derecho divino que no pueden ser excluidos de los estatutos humanos y cuyo valor intrínseco no puede ser desconocido ni negado por ningún sano juicio. Que si los vemos combatidos u olvidados, esos principios tienen que ser reivindicados y otra vez descubiertos y de nuevo traídos a la práctica, para que el hombre torne a reconocer en sí mismo la majestad moral que le viene de Dios.

Así ha hablado sin cesar el Sumo Pontífice Pío XII, y cuando puedan estudiarse su vastísima actividad diplomática y la múltiple e incesante comunicación que ha tenido con los grandes de la tierra y que tuvo en su día con los que otrora se creyeron árbitros del universo, se estimarán en todo su valor la inmutable voluntad y la clarividencia jamás desmentida con que Pío XII se ha dedicado a procurar la paz cristiana, a señalar uno por uno sus fundamentos, y a intinar, también uno por uno, los sucesos nefastos y los frutos de maldición que traería el desconcierto moral contemporáneo. Desconcierto quizá sin precedentes, porque las disensiones, catástrofes y guerras que afligieron a la humanidad en tiempos pasados no llegaron a extinguir aquella conciencia de lo justo y de lo injusto, de lo lícito y de lo ilícito que enfrena el desencadenarse del pecado y deja abierto el camino hacia la genuina transformación de las almas. Pero esta que pudiéramos llamar elemental expectativa no llegó siempre a consolar los ojos vigilantes de Pío XII que, más de una vez, en el curso de ochenta años de vida y de diez y siete de Pontificado, han tenido delante de sí la tristísima visión de un mundo empeñado en negar y rechazar la norma de moralidad suprema, universal y eterna que ampara y defiende todas las relaciones humanas. Visión espantable porque incluye forzosamente la negación de Dios, y al negarlo sofoca y extingue aquella voz ínsita y potente de la naturaleza que aun a los ignorantes y no civilizados les enseña a distinguir entre lo bueno y lo

malo y a sentirse responsables ante un juzgador definitivo e inmutable.

De un mundo así de trastornado parece que debieran huir la esperanza y el amor. Huyeron, en efecto, de no pocos espíritus que se abrazaron con el más trágico pesimismo, pero no huyeron, antes se afianzaron con sobrehumano heroísmo en el ánimo del Sumo Pontífice. Estaba él con Jesucristo y sabía entender su mandato: "Tened confianza: Yo he vencido al mundo"; por lo cual, en sobreviniendo la máxima desolación, pudo dirigirle a la humanidad estas palabras: "Las angustias presentes son la apología más impresionante del cristianismo, tal que no puede haber otra mayor. De la gigantesca vorágine de errores y de rebeldías anticristianos se han cosechado frutos tan amargos que constituyen una condenación cuya eficacia es superior a la de toda refutación técnica. Horas de tan aflictivo desengaño pueden también ser horas de gracia, y por eso se vuelve nuestro corazón a los que, como efecto de tan dolorosas experiencias, sienten en sí el deseo vehemente y saludable de la verdad, de la justicia y de la paz en Jesucristo."

Advertid aquí cómo el S. P. Pío XII, íntimamente persuadido de la dominación universal de Jesucristo, de quien es Vicario, así como no excluye a nadie de su magisterio, tampoco excluye a nadie de su caridad. De ahí el indeficiente y prodigioso apostolado que no cesa de ejercitar mediante la palabra. La hace llegar familiarmente a los humildes no sólo para confirmarlos en la práctica de la virtud sencilla y cotidiana, más para elevarlos a la excelsitud de la santidad evangélica; habla con los sabios para descubrirles a Dios que preside y ordena el insondable juego de las fuerzas físicas, y habla con los ignorantes, los afligidos y los pobres para revelarles la gloria que pueden conquistar a precio de abnegación y de paciencia; habla Pío XII con los estadistas para que salven a los pueblos de la incalificable desilusión de un bienestar edificado sobre fundamentos equivocados y precarios y que por eso mismo sería engañoso y efímero, y habla también con los decepcionados que vieron derrumbarse un mundo de opiniones y teorías en que con sobra de confianza pusieron sus ideales. Habla el Papa con las almas enfermas de amargura porque vieron hechos pavesas y aventados los bienes terrestres que creyeron ser únicos; habla asimismo el Pontífice Pío con los escudriñadores de lo impalpable, magos y zahoríes de las energías atómicas, para que otro día no las

encuentren convertidas en agentes de desolación y en mensajeros y vehículos de terrores no soñados; habla con los que fueron víctimas de la bancarrota y quiebra de la prosperidad que hace mofa de los imperativos religiosos y morales; y habla, en fin, con todos y cada uno de los que, abrazados gozosamente con errores capitales, antiguos y modernos, comprendieron, tocados por la desgracia, que en ellos estaba la raíz lógica y la razón suficiente de los extravíos más inexcusables.

Pero Pío XII no se contenta con señalar estas y otras causas del abatimiento que cunde por el mundo; más, mucho más le interesa combatir y vencer las desesperanzas que van postrando las almas. Por eso nos dice en frase anunciadora de resurgimiento: "Si habéis comprendido la desgracia de una existencia que pretende ignorar a Dios, esforzad el espíritu restaurando una nueva vida en Jesucristo; no desfallezcan los ánimos y, afianzados en la fe y en las promesas del Señor, las ruinas que lloráis no serán infecundas."

Antiquísima y respetable es la costumbre de festejar con dádivas y ofrendas los aniversarios humanos; el homenaje que hoy debemos hacer al Sumo Pontífice Pío XII al cumplir ochenta años de vida inmaculada, luminosa y apostólica, debe consistir, ante todo, en un acto intentísimo de fe en el misterio de la presencia de Cristo, Cabeza de la Iglesia, ayer oculto en Pedro, como hoy lo está en Pío XII. ¡Pedro y Pío!... Cristo que es Luz esclarece al mundo a través de ellos; Cristo que es Santidad, a través de ellos salva a las almas; Cristo que es el Poder de Dios, a través de ellos, vence al mundo; Cristo que es Invisible, por medio de ellos se exterioriza y manifiesta, y ellos que de suyo no son sino hombres, reciben de Cristo su infalibilidad, su fortaleza, su jurisdicción divina.

¡Pedro y Pío... Fundándome en una palabra de León Magno, pienso que entre el Papa y Jesucristo de quien es Vicario, hay un diálogo que jamás se interrumpe: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, dice siempre y en todos los siglos el sucesor de Pedro;... Tú eres la Piedra sobre que edificaré mi Iglesia y Yo estaré contigo para siempre, responde Jesucristo.